



CONFESIONES EN LA DESPENSA

o notas halladas de una aprendiz de cocina



Juvenal Álvarez Uzcategui

Cien Victorias

Al entrar a la casa de Cien Victorias, un arbusto de ajíes dulces enredado en un rosal que sostenía un universo de telarañas nos impidió el paso al portoncito de la entrada. Dicen que los arboles de ajíes duran poco, pero tía Candela juró haber sembrado ese hacía cuarenta años atrás, junto con Eloísa. «Era una muchacha afanosa», decía tía, recordándola. Por todos lados había arbustos y planticas de condimentos y de hierbas, de todas cuantas se conocían, y de las que los viajeros llevaban por saber que Eloísa les buscaría algún buen uso. «Aquí tiene: a esta, señorita, la llaman *Melisa* en Pamplona; siémbrela pronto y podrá sacarle retoños en menguante», recordaba tía Candela, de una tarde en que llegó un arriero de mulas a Cien Victorias tratando de ganar un almuerzo. «Muchacho insistente, si a esa hierba aquí la llamamos toronjil, y hay un montón por todos lados», se burlaba Eloísa del regalo de su aspirante.

El portoncito de atrás de la casa fue imposible atravesarlo: con una enredadera de alambre de púas alguien había sellado aquella otra entrada, y entre aquel huerto de ajíes olvidados era trabajoso el intento. Tía Candela mandó a romper la puerta principal de la casona con un peón que algún día pidió al abuelo Manuel morir en aquella casa, y el nonito lo dejó como un traste más de aquella finca olvidada, que para entonces ya no valía nada.

—Aquel era mi cuarto y el de tu mamá —señalaba hacia un altillo tía Candelaria—. Por aquella baranda nos bajábamos a escondidas cuando tu abuelo nos castigaba por no querer probar un horrendo jugo de rábanos que él aseguraba que impedía para siempre el catarro. Eloísa nos tapaba bajo su falda y nos cambiaba aquel menjurje por una agüita dulce que papá jamás sospechó. Eloísa era capaz de invertirlo todo en la cocina, conocía cualquier nuevo sabor que podría cambiar otro y también engañar los ojos de

cualquiera, haciendo ver lo que no había. Papá, entre alborotos de hombre necio, jamás sospechó que lo que nos tomábamos era un agua de cayena y lima que en olor y color semejaba el terrible rábano, pero en sabor era el agua más dulce y fresca que Eloísa había inventado para nosotras.

Al caer la enorme puerta de la casona, una oleada de palomas salieron despavoridas de todos los rincones de Cien Victorias. Aquella puerta gigante de madera hizo un ruido aterrador que rompió las baldosas enlutadas por la corrosión del terrible gallinazo. Aún se lograba ver, entre la invasión de la hiedra que lo envolvía todo, la forma dormida de un sinfín de trastes y objetos olvidados por la vida y el afán que hubo en algún tiempo. «¿Qué haremos con la casa, mi Juancho?», repetía insistentemente tía Candela, envejecida, ya sentada en un andén, como rendida por su memoria. Tía Candelaria y mamá habían huido durante cuarenta años del recuerdo de Cien Victorias y ahora tenían que enfrentarse a ella y a cada presencia que con el lugar viniera. «Este era el salón, Juanchito», me mostraba Tía, aun llamándome como si fuera un niño. «Estaba llenito de muebles que mi papá había mandado a buscar en Las Virtudes cuando se casó con tu abuela», y me contaba, así, que había estado tan contento que vendió trecientas reces para el casorio. «Había llenado toda Cien Victorias con muebles lindísimos de madera y gobelinos para que mamá y nosotras al nacer viviéramos tan cómodas que no quisiéramos salir de aquí nunca».

—Justo ahí había un chifonier con dos puertitas pintadas a mano; las había pintado mamá, un manojito de flores en cada puerta —continuaba tía Candelaria—. Dentro de él solía esconderme de tu abuelo: yo siempre de penosa con papá, me daba un aire de vergüenza el temerle. No sé si era por ser tan perfecto, tan alto y tan callado que prefería a veces no verlo; tu mamá, en cambio, era una regalada, lo esperaba en el balconcito de nuestro cuarto y cuando escuchaba el galope del caballo, se venía corriendo a recibirlo, sentada aquí en el salón; se le guindaba atrás como un

animalito del monte, mientras papá siempre le decía «esta monita mía quiere un regalito»; entonces él sacaba algunas piedras con formas raras que había encontrado en el río, o un trozo de palo que, según le decía a Nina, se lo había regalado especialmente para ella algún duende en el camino. Nina se impresionaba, luego se dormía en las piernas de papá hasta que llegaba Eloísa y se la llevaba para nuestro cuarto. Y yo, siempre desaparecida, me quedaba dormida dentro del chifonier, escondida; luego llegaba Eloísa, me encontraba, y me llevaba a dormir, tarareándome unas lindas canciones inventadas al instante.

Eloísa fue un regalo de los cielos. Papá mandó a buscar en Las Virtudes a quien fuera, para que se hiciera cargo de tu mamá y de mí cuando murió tu abuelita. Llegó aquí para enseñarnos cosas buenas, como decía papá. Nina dejó de hablar por mucho tiempo luego de la muerte de tu abuela. Quedamos tan tristes y solas las dos, que papá, desesperado al vernos tan vacías, y con la plena conciencia de su incapacidad para criarnos solo, mandó a buscar a alguna buena muchacha con buenas costumbres que nos enseñara a leer y al menos a terminar la labor inconclusa de mamá en la crianza de nuestros primeros años. Habló con Jacinta, una vieja cocinera que había trabajado aquí desde la fundación de Cien Victorias, y así fue como llegó Eloísa, nuestra amada Eloísa, traída por la vieja Jacinta, por ser parientes de algún modo. Recuerdo algo de cuando llegó: era tan jovencita, tan decente, cargada de folletines y manuales para enseñarnos tantas cosas a nosotras, que ya comenzábamos a ser salvajes en esta casa envuelta en cafetales; pero este sitio le transformó su labor de maestra y, sin que ella se diera cuenta, terminó siendo también cocinera, eso sí, la mejor de Cien Victorias. Nos enseñaba a contar seleccionando los granos de las sopas, y a leer con un fantástico librito de cocina, mientras terminaba algún guisado. Al morir Jacinta, Eloísa no solo quedó a cargo de nosotras, terminó dirigiendo la casa entera, la comida de papá, el orden de la casa, la comida de los peones, las fiestas y reuniones. Ella, en medio de su escondite, terminó siendo la casa misma, lo sabía todo, lo ordenaba todo. Nina decía siempre que

cuando creciera no tendría esposo, sino que se casaría con Eloísa para estar siempre con ella... tu mamá y sus desvaríos.

Tía Candela no paraba de contar algo de cada rincón de la casa; todo volvía a ella de una manera tan precisa y lúcida como nunca la había visto antes: animosa en el habla, con una rapidez inusual y una clarividencia que llegaba a asustarme en instantes.

—Este era el cuarto de papá; asómate por esa ventana, verás entera toda Cien Victorias. Aquí se paraba él cada mañana y planificaba sus jornadas, la recolecta del café, el arreglo de alguna tostadora, o aquellos viajes que Nina y yo tanto detestábamos y temíamos. Papá se iba de vez en cuando y tardaba semanas en volver. Cuando los pagos demoraban en llegar del puerto, él mismo iba y los cobraba, mientras tu mamá y yo nos quedábamos solas con Eloísa, y aunque en la luz del día no parábamos de corretear por la casa, sé que en las noches las tres nos sentíamos desprotegidas por la ausencia de papá. El premio de aquellas largas noches era el retorno de tu abuelo, pues nos premiaba con un sinfín de regalos que nos hacían olvidar las penas de los monstruos de nuestras noches.

«¿Todo en orden señor Manuel: qué tal su paso por Las Virtudes?», no más de ahí pasaba el saludo de Eloísa a papá cuando llegaba de viaje. Siempre la recuerdo con su mirada baja, sin lograr darle los ojos a tu abuelo ni por remoto descuido. Y papá siempre con la misma respuesta: «Con rigores Eloísa, con rigores». Luego salía tu mamá despavorida a recibirle y más atrás yo, envuelta en vergüenza y timidez como una tonta. Papá nos llenaba de regalos que compraba en el Puerto: sombreros de organdí, zapatos rosados de patente, vestidos y lazos de colores que luego Eloísa arreglaba para nosotras. «Llévele esto a sus muchachitas», le decían a papá los mercaderes del Puerto y de Las Virtudes cuando lo veían que había bajado de Cien Victorias a más trajines de trabajo. Pobre papá, en esos años de su viudez, con dos niñas tan silvestres como nosotras, criadas en los potreros, en los

cafetales, en el tueste del café al sol. Eloísa siempre trataba de guiarnos con sus lecturas y canciones, pero este monte lo absorbía todo, y siempre terminábamos jugando con los niños de los peones, así a papá no le gustaran esas juntas.

En ese otro saloncito, al final de la escalera, papá tenía su espacio sólo para él. Se encerraba a veces en noches enteras y lloraba por mamá y por las desventuras de la vida. Aunque nunca le faltó el buen dinero, papá sabía que las cosas en el mundo estaban cambiando y que Cien Victorias en algún momento podría dejar de ser lo que sus padres y abuelos le habían dejado. A veces venían familiares, algunas primas de papá que nos fastidiaban a tu mamá y a mí, reprochándonos siempre lo mal educadas que éramos, y así Eloísa nos enseñara constantemente las buenas costumbres de la mesa, algo olvidábamos de cómo comer las frutas con tenedor o no chupar la semilla de los mangos para evitar las hilachas entre los dientes.

El capitán Monagas era otro que venía a visitar a papá de vez en cuando. Dejaba su batallón en el río de las Mercedes y subía sólo junto a dos de sus soldados. Siempre venía para comienzos de año; más de una fiesta de Reyes pasó el capitán aquí. Salía con papá de cacería y se perdían por esos montes, a donde algunas mujeres que los complacían. Para un enero de esos llegó el capitán y no se fue más nunca; llegó delgado y enfermo, muy flaco: venía a morir en Cien Victorias. Aún recuerdo cuando entró al patio montado en un caballo que sólo sostenía un montón de huesos. Venía escoltado por dos soldados, los de siempre; lo dejaron aquí, dieron la vuelta, y de ahí hasta su muerte Eloísa se hizo cargo de él. Ya para la muerte del capitán Nina y yo ya estábamos más crecidas, pero aun así pienso que muchas cosas no nos fueron contadas. Quizás Eloísa si las sabría, pero era así como ella nos respondía: «No alboroten los avisperos dormidos, mis niñas, que luego podrían salir picadas», así nos contestaba.

El capitán Monagas murió y papá lo enterró junto a la tumba de mamá. Nadie vino a los funerales ni a su entierro: fueron unas exequias muy extrañas, sin rezos póstumos ni novenario. Papá pidió no comentar con nadie sobre la muerte del capitán. Había más y más secretos en todo, en las verdades no concluidas en la historia de Cien Victorias, a las que jamás pudimos llegar tu mamá y yo. Sé que Eloísa conocía lo suficiente lo que pasaba tras cada visitante de esta enorme casa; sé que papá le confiaba a ella algunos rigores de sus penumbras y soledades.

—Este era el comedor, Juanchito —decía tía y me mostraba un salón aún forrado en telas celestes—. Aquí comíamos con papá sólo tu mamá y yo, y las visitas importantes, como decía Eloísa, cuando nos convencía de ponernos guantes para la cena. «Póngase los guantes de encajes, mi Candelita, que su papá sabrá muy bien agradecerle», decía Eloísa para convencerme; mientras tu mamá, que era dos años menor que yo, escondía los de ella y decía: «los míos se perdieron, se los llevó una gatica ladrona»... tu mamá y sus embustes, desde chiquita.

—Justo ahí estaba la Vitrina, una enorme vitrina labrada en Las Virtudes con el nombre de Cien Victorias en la punta. Había sido un regalo de un general Presidente al abuelo Juancho cuando se casó con la abuela Eduviges. Adentro había tres vajillas enteras y preciosísimas. Tu mamá y yo pasábamos de reojo por los vidrios de aquel armario, mirando con el mayor de los cuidados cada pieza que se mostraba. Para nosotras, eran sarcófagos cada una de ellas, donde yacían genios dormidos, esperando que se frotaran sus porcelanas para cumplir mil deseos. La vieja Jacinta un día nos vio tratando de abrir aquella enorme estantería, y para amedrentarnos para siempre por tan travieso hecho, nos dijo que en los jarrones más altos se guardaban los ojos de un tal general Martinet junto con su dentadura postiza, y en los otros, pequeñas cabezas de niños mirones que buscaban tesoros que no les incumbían. Luego la pobre Nina pasó siempre tapándose la cara frente a aquel mueble. Mucho después, en una tarde de *sin oficios*, Eloísa quiso limpiar

aquellas lozas que tanto tiempo habían estado dormidas; nos sentamos junto ella y le ayudamos a limpiar cada una de aquellas vasijas, descubriendo pinturas maravillosas en ellas. “Viva la independencia”, decía en unos jarrones en blanco y azul con figuras de hombres a caballo librando batallas de guerra. Eloísa comenzó a usarlas para servirle la comida a papá y a algunas visitas importantes. Las llenaba de frutas temprano en la mañana, y así poco a poco despertó a cada una de las lozas que habían estado dormidas en esa vitrina durante años. Otras, recuerdo, tenían las caras de generales y soldados guapísimos, que tu mamá y yo nos peleábamos por decir con cuál nos casaríamos algún día, mientras Eloísa nos explicaba la procedencia de aquellos hombres tan galantes que se hacían ver como trofeos en aquellos jarrones de porcelana dormitados. Recuerdo el jarrón del general Montilla: era el hombre más guapo de aquellas vasijas. Había sido pintado rubio, enmarcado en una corona de laureles y palmas como un emperador de algún tiempo. «¿A dónde se habrá ido este general, Eloísa? Algún día vendrá por mí y me llevara con él para siempre». Eloísa se aterrorizaba con aquellas aspiraciones nuestras, cuando comenzamos a enamorarnos de hombres inexistentes, de pinturas en jarrones y de hombres mitológicos, de los cuales poco conocíamos sus reales historias y preferíamos inventarlas. Del general Montilla, por ejemplo, decíamos que era un sultán que vivía en un castillo tras una copa de nubes; que buscaba dos hermanas dispuestas a casarse con él, y por supuesto Nina y yo éramos sus más preciadas candidatas. A Eloísa también la llevaríamos a nuestro castillo de nubes, el único problema era papá, pero decíamos que de vez en cuando podríamos venir a Cien Victorias a visitarlo.

Entre el comedor y la cocina estaba la capillita, un saloncito para el rezo dedicado a Nuestra Señora de las Victorias y a Santa Eduviges. Fue el lugar más intacto que encontramos en la casona. El altar de estas santas estaba casi incorrupto, aún con las velas chorreadas de las promesas del nono Manuel para la protección de las hormigas cafeteras.

—Mira la virgen, Juanchito: tiene el manto de bodas de tu abuela Eulalia; ella misma se lo puso hace ya casi ochenta años, cuando papá se la trajo a vivir aquí en Cien Victorias; se lo puso el mismo día del matrimonio; y los guantes son los de tu mamá, se los puso Eloísa luego de una peste de fiebre española que nos azotó a todos, pero tu mamá fue la que se puso más malita, por lo que al sanarse, sus guantecitos se le ofrecieron a la santa. Mi vestidito de bautizo también se lo pusieron a la virgen; ya no se le ve, está muy adentro: tantas promesas ya lo taparon. A Santa Eduvigis la trajo la abuela Eduvigis por razones obvias, así como yo traje un cuadrito de la virgen de la Candelaria en unas vacaciones que nos dieron en el internado de Pamplona. Había sido un regalo de una monjita regañona de aquel entonces, que me lo dio para que la virgen me compusiera. Nos portábamos tan mal: es que nosotras jamás quisimos salir de aquí, jamás quisimos separarnos de papá, ni mucho menos de nuestra Eloísa.

—Santísima Señora, Madre de Dios de Candelaria, que por dar al mundo la mayor prueba de amor, yo aunque pecador soy... —comenzó a rezar tía Candela, recordando una oración memorizada hacía un montón de años—. Me la enseñó Eloísa: era y es mi oración preferida, por estar dedicada a la virgen de la cual viene mi nombre; tu mamá lloraba por no haber una Santa llamada Nina; ella olvidaba que su nombre era Cristina y que posiblemente podía haber una santa llamada así. «No llores más, mi niña Nina, que tu nombre viene del mismo hijo de Dios», se apiadaba de tu mamá como siempre Eloísa y comenzaba a recitar alguna oración a Cristo para aliviar su llanto.

Tía Candela se acercó al altar de las santas y comenzó a quitar el polvo y las telarañas que blanqueaban las estatuas como un par de orugas, dispuestas a nacer y transformarse en cualquier momento en gigantes mariposas.

—«Candelita, no corra por el corredor, que don Manuel está rezando en la capilla». Eloísa corría tras de nosotras en las tardes,

evitando que papá se molestara por el ruido de nuestros taconcitos, tratando de jugar siempre a señoritas. Por eso nuestra Eloísa inventaba entretenernos en la cocina mucho antes que comenzáramos nuestros ruidosos juegos. «Hoy haremos *llantos de dioses* para la merienda», inventaba Eloísa para nuestro postre. Sólo por tan lindo nombre dejábamos lo que fuera por ayudarle, dejando en silencio la casa entera a papá para el rezo de las tardes. «Busquen flores de *capuchina* para hacerle el almíbar a los buñuelos de niño, recojan hojitas de limas para hacerles niditos a los besitos de negra, agarren granadas maduras para adornar el plato de las tartaletas de crema, tráiganme unas hojitas de hierbabuena para hervirlas y darle sabor a un queso incipiente». Cómo no hacer caso de tan dulces encomiendas, de tan humildes mandados.

—¿Qué haremos con la casa, Juanchito? —repetía insistentemente tía Candelaria. Salimos de la capillita y luego de un corto pasillo venía la cocina.

—Don Manuel mandó a sellar este cuarto cuando se fue de aquí; es el único cuarto que quedó sellado y dormido para siempre —dijo el peón que nos acompañaba.

—Hay que abrirlo, entonces —dijo tía Candela.

—Pero ya será mañana, Señorita Candelaria; ya casi anochece y tendré que buscar a dos de mis hijos para que me ayuden a romper ese candado.

—¿Por qué sellaron este cuarto, tía Candela? ¿Por qué el nonito Manuel no quiso dejar abierta la cocina cuando se fueron de aquí? —pregunté yo a tía, comenzando a sospechar algún sigilo más de la casa.

—Por rigores, Juanchito, por rigores, como diría tu abuelo —dijo tía Candela, entre un trazo de sonrisa y pensamiento.

Esa noche en Cien Victorias las ánimas de la casa sintieron, en los pasillos y corredores, que ya no iban a ningún lado. Todo era hiedra, corrosión de palomas, raíces que levantaban las losas y árboles gigantes que cada vez reclamaban y ganaban más espacio dentro de la casa. Se estiraban los árboles como hombres desnudos, rompiendo vidrios y ventanas de la casona, tratando de tomar algo perdido y de sacarlo para ser devorado. Entre dos árboles de aquellos el abuelo Manuel llegó y tomó a mamá del brazo. Era niña de nuevo, la cargó tras él y sus carcajadas me hicieron erizar completamente entre aquellos sueños. Del bolsillo de su saco el abuelo sacaba piedritas de nácar que mamá juntaba y hacía con ellas talco.

El galope incesante de un centenar de soldados ecuestres pasó esa noche también, llamando en coro al abuelo Manuel: «¡Comida, don Manuel!», repetían insistentemente en gritos feroces: «refuerzo, don Manuel». Aquellos pobres hombres morían en los pasillos de Cien Victorias desangrados por las heridas de espadas y pisadas de corceles de un combate perdido o quizás ganado. A la Abuela Eduviges la vi tan clara como la imaginé siempre, pero esta vez era otra imagen más de aquel altar de orugas gigantes que reposaban en la capilla durmiente. Así, las santas eran ahora tres mujeres, que luego, al desvariar de mi mirada, se hicieron una sola. La vi envuelta en seda de gusano blanca, cada vez más grande hasta hacerse un nido. Luego vi romperse el nido, reventarse, deshacerse, hasta salir de aquel ovillo de hilos una gigante mariposa enlutada. No voló aquel animal recién nacido: se quedó inmóvil en la pared del altar, de miles de velas prendidas y sudadas.

El abuelo llegaba. Lo vi mozo, erguido, y tras él se detenían dos hombres más, cada uno con sus manos tendidas hacia mí. Se derramaba agua con semillas de mis bolsillos, y dos niñas las recogían llevándolas de nuevo a mis manos. Di la espalda al altar y una buena mujer me miraba, se sentó sobre una silla cómoda y comenzó a escribir mientras cantaba. El agua que salía de mis bolsillos se unía con sus cantos y un fuerte olor a pan se sentía.

Luego la brisa trajo el perfume del romero –lo conozco desde niño, lo puedo oler con tan sólo escuchar el nombre de la hierba–. «Es romero», me dije; «es pan, aceite y romero», me repetía en susurros de sueño. La buena mujer seguía escribiendo, y sobre su mesa aparecía un velo de un tapiz, y sobre él un ovejo a punto de ser sacrificado, que tenía las patas atadas y lloraba resignado. Sabía que estaría muerto y pronto servido en un plato.

De madrugada, no más al primer impacto del cincel, la cocina de Cien Victorias se abría a la luz después de medio siglo de encierro. «¡Tía Candela!», gritaba yo despavorido, por querer entrar junto a ella al único rincón de la casa no conocido por mí hasta entonces. Todos los trastes, ya sin dueño, se hacían ver como un retroceso de la historia en aquella cocina resguardada por el capricho del abuelo Manuel de dejar el lugar intacto por tantos años. «¡Tía Candelaria!», gritaba yo insistentemente. Pasé sin premura y me topé con una estantería de platos, ollas y jarrones que no dudé que era a mí a quien esperaban. Por una hendidura del techo se colaba el amanecer de Cien Victorias llevando aquel primer rayo de sol a una estantería de gavetas junto a una silla marcada por un cuerpo insistente. «¡Tía Candela, ya abrieron la cocina!», continuaban mis gritos afanosos por temer mi presencia en aquel lugar sin la voz del permiso de tía que lo explicaría todo. Cada gaveta y gabinete me llamaban a abrirlos, cada cajón a ser revisado, pero la impresión de estar en lugares dormidos se siente como un manto helado, gélido, que te deja inmóvil, sin lograr tan siquiera algún pensamiento vago. «¡Tía Candelaria!», seguían mis gritos y no venía. No dudo que mi mano fue movida; no dudo ahora que mi mirada fue arrastrada; había tanto que revisar: vitrinas, gavetas, mesas de trabajo, pero sólo el abrir aquella otra pequeña puerta bastó para descubrir esos textos que me hablaron tanto de mi Cien Victorias: las *Confesiones en la despensa* se me mostraban como las palabras más sinceras de lo que hacía tanto tiempo había ocurrido en aquella casa.

Confesiones en la despensa

Gracias a Dios uno come bien

Sólo para usted esta noche
mi ritmo de eterna sirvienta

Membrillitos pascuales

Esta es una receta agradecida,
no lleva nada más que corazones de membrillos
y una pasta de panela o azúcar morena, de esa que ha dormido
por años dentro de un jarrón.

Se pelan los corazones, como lo hacen los novios en diciembre,
luego se trozan,
lamentándose en pensamientos
la pérdida de tan encarnada forma.
En un poco de agua fresca se cuecen los pedacitos.

Si lo haces en abril puedes perfumar el agua con conchitas de mandarina,

si es julio o agosto una ramita de menta les hará muy bien,
pero si los darás un jueves santo cuécelos solos, pues son frutos muy cristianos

y los sabores intensos los pueden hacer perder.

Ya cocidos, aplasta los trozos de los corazones con un tenedor,
los verás rojitos de vergüenza,
por eso dales su peso en dulzor, así se tapan y se cubren sus penas.

Cuécelos así una hora y tanto,
mientras revuelves pensando en quién hubieras querido que los hubiese probado.

Viértelos en pequeños moldes untaditos de aceite
para que brillen al desmoldarlos
y te digan

«¿y cómo lo hace fulanita, por qué sus membrillos le brillan tanto?»

Y se comen viendo al horizonte, junto a una ventana, o sobre un buen sillón,

mientras una se dice a una misma:

esa cazuela de cobre, si hablara, si hablara...

Punto de cruz, para un ajuar de bodas

METER

la aguja por el agujero

en la tela ya abierta.

SACAR

la aguja al reverso.

A pulso, nuevamente,

METER la aguja por el agujero

de arriba,

para formar otra diagonal, siempre sujetando el rabito

para que no se salga.

Cada puntada al mismo sentido.

METER

la aguja por el agujero,

y, así como el punto que dio comienzo,

SACAR

la aguja del agujero,

por el sitio en pinchazo,

y un ¡ay!

que desangra la labor.

A punto de suspiro

No habré de mal culparte por perderte,

bien hallarte

siempre fue mi mejor suerte.

Lisonjearte para mí fue un ejercicio.

¿Maldecirte?

ve tragándote el suspiro.

No habré de mal quererte por culparme

bien besarme

nunca fue tu mejor trance.

Adularte para mí no se hizo vicio,

come dulce, que retorna al sano juicio.

Maldito delantal que me delata

¿Qué me escondes, varón mío?
si soy tuya, sucio amante.
¿qué me escondes, guardián mío?
fiel devoto a mis derrames.

Yo confieso ante ti, todo poderoso,
por mi culpa
por mi culpa
por mi culpa.

¿Qué me escondes, varón mío?
Sucio fiel de mis amantes.

Intercede por mí

No soy digna hoy de usarte
¿qué me escondes, varón mío?

si
soy tuya,
sucio,
amante.

Educando el palada

Podrás aborrecer mi melaza mal vertida,
mis buñuelos tristes cuaresmales de las malas penas.

Podrás aborrecer los diez guisos de mis diez siempres,
y hasta el raro, aquel que hice sin carnes y chupaste con los
dedos todo el plato.

Podrás aborrecer mi asquerosa imagen sucia,
mi sartén de los mil caldos,
mi constante aliño crudo,
de la gracia de los polvos y los santos.

Mas nunca habrás de soportar
mi silencio acostumbrado,
la escasez de mis preguntas,
la costumbre de mis días,
mis quemadas sin castigo,
mi grito nunca dado.

En baño de María

Se encaja una vasija dentro de una grande:
paciente anhelo.

La mayor, cargada de agua, se calienta al punto de borbotón:
fogosa se espera.

La otra, recipiente menor, va calentando el contenido de un
modo suave y constante
como calor de los cielos o de una manta al arroparse.

Festín

Mil veces prefiero la muchedumbre
a la cansada faena del tonto manjar de enfermo
que enferma.

Mil veces prefiero la muchedumbre
la casa llena
los platos riendo
la falta de asientos
y las cucharitas del postre gritando como niñas
para que las agarren.

Mil veces prefiero el cansado sustento
que sustenta.

Cubiertos truncados
cuchillos perdidos
afanes enteros
que derraman.

Mil veces prefiero el sucio mantel de los guisos regados,
al limpio por años oliendo a madera,
Mil veces prefiero que vengas y salpiques los lienzos de la
alacena

—¿Más cocido para el señor?
—Como negarme a su divino sabor.

Selección de fuentes para mesa

De todos los jarrones, no prefiero al inocente,
al callado,
al partido.
O a las piezas de las viejas,
desconchadas,
afaneras.

De todas, nunca escojo las dormidas, las roídas silenciosas.
De todas, solo una me reclama:
la feroz, que lisonjea alborotada
la brillante, que me lustra la mirada,
La despierta, que entorpece en mí la calma.

De todas las vasijas que me miran, no interpongo la de orejas
corroídas.
Las de peltre, malsonadas, oxidadas.

Las de Oriente, en vitrinas mal guardadas.
Las de pobres, en gavetas con polillas.

De todas, sólo una me acongoja:

la que evita la pobreza en la cocina
la que lustra los espejos de la vida
la que engaña la escasez en la alacena
la que evade el condimento mal echado
la que cuece conejo
fingiendo carnero
la que huye y enmarca días
en pianos, banquetes y alegrías.

Oda al pan de banquete

Crece en mi horno encendido

al hornear tu pan

mi feroz hambre.

Bendita levadura provocada

que levanta,

y de ahí lanzarme:

en hambre de la tarde eterna,

en noches de sudor sin aires,
en jergas de amasadas lentas,
en horas de reír constante

creciendo tapada en cobijas,
entonces

¿usted es la madre?

Perenne masa levantada

comienzo de la casa en el día.

¿yo? un horno encendido

usted: pan, polenta y trigo.

*Ganar necesidad de quien te bese
con gula más que sólo de hambre
al melar tus jugos en su boca*

con tan sólo a ti nombrarte. .

La f emina de hombre es hambre

No busques m as, corazón m io.

Alcachofas desalmadas

Se despetaliza la flor
 Me quiere
quitando sus faldas al quebrarse
 no me quiere
al centro llegado
 Me quiere
se detiene la labor nuevamente
no me quiere

Ya desnudo el corazón
 Me quiere
se desgrena el sentido fino y rubio
 No me quiere

Y así, con labor,
 Me quiere
se hace un buen nido
 No me quiere.

Selva Negra

Cómo amaste esta tarta, querida Nina...
Siempre la hice no más para ambas.

Se baten las claras (cuatro) en un porrón de doña Lola
Al canto de una e impacientada,
dos tazas de azúcar se espolvorean.

Casi cremosa y al tacto aclarada
se agrega con agudeza un piropo de mantequilla.

Al tueste y ya molido, usurpando el claror de la mixtura,
el cacao lo envuelve todo
todo.

¿La harina? lo de siempre,
bien blanquita y entrenada, como reina,
dos tazas envolventes y se hornea.

Al paso de una hora, Nina llega y me pregunta ¿selva negra?
y de pura tonta la sacaba, ocultando así la crema.

Se rellena al enfriarse, y Nina por la ventana me gritaba: ¡selva negra!

Ahí sí que me encerraba, y las fresas con almíbar, una a una la adornaban.

Razón y vergüenza

Sembraba Eva tu higo
surcando la tierra y labrando el río.
Pájaros espantaba y jamás solo lo dejaba
cada tarde el arbusto
mujer desnuda cuidaba.
Cada mañana
cuidólo al alba
y en las tinieblas
hacía de rama.
La amada breva por fin llegaba
mas tu higo verde no maduraba.

—Para un hermoso como el que es mío
los tiempos justos a ti te ruegan
del más sensato de los frutales
un fruto rojo de dulce sangre.

De amor nació e higo llamó
de tan alto árbol aquel fruto colgó
y menuda y fina aquella primera

mujer descalza le lanzaba piedras.

Tú la veías y no saliste
tú la notaste y te reíste
tú la escuchabas y no la ayudabas
y Eva en ti sólo pensaba:

—Placerte quiero,
que comas quiero,
saciar te quiero,
que pruebes quiero.

Subió a la higuera y así caía
usó una vara y tú reías
como una sombra bien escondido
hombre primero razón del castigo.

Fruta mundana que cerca estaba
rojita y limpia para tu boca,
Eva de prisa lustró ese día
y aunque prohibida no le temía:

—A falta del higo que no te ofrezco
come del otro, hombre primero.
y tú, burlando, así lo hiciste
penando siempre a quien te sirve.

Buenosdías de naranja

No lo olvides:
en mayo y septiembre el naranjo se carga de azahares.
Haz un caldo con ellos y bajo tus orejas o en medio de tu falda
seis góticas de él
al hombre que quieras lo habrás de atraer.

Ahí te lo dejo,
no comas con imprudencia ni una sola de ellas.
Lo planté hace años junto a Manuel.
Ve,
trae una.

La naranja es la fruta de las primeras madres,
sólo alguien que te ama,
te pela una para dártela de comer,

ya para el resto está la mandarina, fácil y dulzona, posible y
burlona.

Intento

¿De dónde yo he salido?

del dibujo silueteado por el humo en la cocina
en la marca no definida de la lumbre mal prendida,
de las hoyas y calderos

de la muestra de mi cuerpo huidizo al certero mundo del salón
(protocolo no aprendido)

Del cuartico de los quesos

del corral de los gallos presos

de la huerta de las mil especias donde aprendí a transformarme
en una de ellas

del rendir de las harinas

del tizón muy bien ahorrado

del cilantro bien echado al final de la cocción

¿De dónde te he inventado?

Ojos fijos silueteados

punzante barba y herido en brazos

Entonces tú llegabas por detrás de la cocina,
yo te curaba sin pretenderlo
y me decías:
¿Por qué lo haces sin intención?
Y tú con besos lo pagabas
Te perdías luego
y en la noche espesa me robabas.

Palabreo

Cuando vi tus ojos que venían
ya después de aquella hambruna
sólo el vino me amoldaba,
los vi profundos y piadosos
como aquella noche de esperanzas

así volviste a mi
así volviste
al olor de los garbanzos
ahí volviste.
Vanagloria en tus estrellas,
así te hiciste
así creciste.
Todo para ahora venir rogándome las sobras.

*Le pedís a la flor que crezca dura
y la flor sonrojada no coge altura
ni tronco que augure más ventura
pajaritos posarse y no blandura.*

Mi muy estimable, buena amiga y hermana

No sabe cuánto agradezco la receta del merengón que me envió para la pascua.

Usted tenía razón, las claras al toque de conchitas de limón se perfuman cual las nubes de un ángel amado por Dios.

Tuve dudas al hacer la mezcla que las corona,

el almíbar de la fruta sabe usted que siempre en mí se dio de mala forma,
pero al baño de María los duraznos se hicieron ver como joyas.

Cuánta crema, querida amiga, cuánta crema...

Manuel pensó que hasta usted lo había enviado.
Escriba cuando pueda y cuente aquello del caramelo,
pues a mí con eso me va muy bien.
Una cosa más,
y perdone usted mi atrevimiento,
salga usted de sus rigores,
le parecerá simple y caprichoso
pero una ramita de menta
al servirlo
le hará muy bien.

De tarde

Esa apacible alegría que me provoca
la tarta bien salida en la cocina
bien horneada

inflada con reposo de paciencia.
Esa holganza que me hace pecadora
y aun así me salva:
me conforta cada aliento de mis tardes
me colora mi destino desteñado
sosegada al compás de mis disculpas
voy trozándola
pellizco a pellizco
y luego me sostengo en una banca
me lastimo con el clavo del reflejo
mal trazado
siluetada la embriaguez de mi gordura
entonces así sigo al escucharte
busco harina, huevos, mantequilla
y vuelvo a la mezcla de la tarta
de esa apacible alegría que me provoca
la tarta bien salida en la cocina...

(Se repite diez veces)

*Al mirarte, mi amor, cuando pasabas
como hacia mí no te volteaste ni veías
de las flores que yo misma me adornaba
al sepulcro de tu amor yo las pondría.*

*Y si en vano juramento usted me amaba
por mi vientre alcanzando algún regazo
fue tortura que ahora siento me inventaba
en sus ojos mereciendo aquellos brazos.*

*Ya no más te pretendo, amor, ya me basta,
si en lisonjas mis oídos se perdían
nunca fueron para esta aquellas ganas
sólo inventos y tonteras de una niña.*

Canto

“Ven a cortar, ven a comer”
así cantaba mi cilantrera

Muy reverdete todo dejaba
y el perfumete siempre alentaba
Venían los vientos y la movía
Y pretensiosa se revolvía

“Ven a cortar, ven a comer”
así cantaba mi cilantrera

Guisando guisos se deshojaba
Que a más de un hombre siempre saciaban
Orgullecida cuando floreaba
Caminos y aires engalanaba

“Ven a cortar, ven a comer”
Así cantaba mi cilantrera.

Canto II

Siete hierberitas en el hierbadero
sembrando laureles para dar al cielo
platos perfumados
y unas codornices en salsa de nardos.
¡Míralas, no ves!
Mientras más las podan les dan altivez
Manos cortadoras

La menguada luna les dispone ahora
La albahaca les grita mientras se sonroja
¡corten, corten, pues!
Y el aire en perfumes las embriaga a todas
Las de hojitas secas al suelo le manchan
Tijeretas comen y las palas labran

¡corten, corten, pues!
Y los dedos sucios los pinchan las moras
Las gotas de sangre sabor les otorgan

Podando romeros una joya encuentran
Cascaritas sucias y plumitas nuevas
Cinco polluelitos
Los niñitos corren y los toman todos
¡Míralos, no ves!
Mientras uno pía dos nacen después
Siete hierberitas en el hierbadero
sembrando laureles para dar al cielo.

Recordar

Los ajos no ensalman las penas,
sólo las visten de hondo aliento,
¡menudo disfraz!

Al salar con sal se sala con llanto,
sabor de las lágrimas,
mejor algo más.

De puertas abiertas el pan se apena,
no leuda,
no yergue,
gracioso afán.

Del geranio sus flores cortarlas temprano,
un rayo de sol las amargaría
y hervirlas en la leche de una vaca parida.

Preludio en torrijas

Canta, oh, canta, señora,
mujer que miras de adentro
que cuece y guisa lentejas
y sin un amor te quedas
mirando cosechas correr.
Revuelve y envuelve tus guisos y haz con tu amor pedacitos
tuéstalos al sol
mójalos con leche y envueltos en yemas
fritos ya luego y en un dos por tres
azúcar al tueste y canela
y tu amor así todos prueban
convertido en torrijas
bañadas con miel.

*“Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
sombras del bien que pasó...
Ya te olvidó el que tú amas*

Con mis cabellos dejados en tu almohada
Haré una cuerda y bordaré mi nombre
ahí mismo detrás de tu espalda
donde el rebato al fin he vencido
y donde el sueño al tocarte lo extiendo
tejiendo ambos espejismos,
en donde espero alcanzar tu estampa
mientras encuentro tu nombre perdido.
Ya basta de relicarios de encierro,
ya basta,
ya basta de quimeras e intentos
ya quiero estar tocando tus tiempos
volver a mí,
a mis lanas,
deshacer gobelinos que pesan
y unida a ti hacer un gran nido.
Tomo refugio
en ti me abrigo,
volaré sin crimen a tu espalda
bordada en ti a mis punzadas
con mis blancos simples espejismos,
y mirar los otros como pasan
y no volver al distraído
mundo en vano que con prisas
huyendo de ti me había perdido.

Lamento

I

Es holgazana la nueva cocinera,
la pequeña perruna (cree por ser de ojos alegres)
sus caldos no más
quedarán sometiendo los míos.

Es perezosa la muy tardada
aún no distingue el perejil del cilantro
ni el laurel del tomillo.

Va como mosca tras las masas y guisos
Y no se encomienda
Se pierde en la noche afanera

Se esconde
Sospecho que huye del pilo en la arena o del
almidón de los lienzos de mesas
mas si huele garbanzos en cobre cocidos
aparece risueña con plato bien limpio

Del monte
De senos altivos y nunca probados
descalza prefiere andar por el patio,
danzando
dulzona
mozuela
tentando a jornales (sin culpa)
y a Manuel por las noches “llevando la cena” .

II

Se ha quebrantado la nueva cocinera

Pobre muchacha, tan buena que era
Mañana retorna al monte
Esa hinchazón quién sabe que era.

Para no confundirse nunca

Laurel: rey de los caldos, ahoga en porfía al amor no sabido, petulante al secarse, más al toque del agua su loción redime y bendice las carnes.

Canela: ata un sabor a otro sin querer notarse. Sabe a sangre de maderas, cruz de un viernes. No dejarla nunca a la vista de quien la prueba, pues al descubrirla le echaran la culpa de lo que pase en el plato. Colorea tus mejillas con ella y así, unida a la hierbabuena, del aliento más fino los besos más puros serán pedidos.

En tus guisos oculta el ajo y la cebolla, no los muestres, porque entran en pena y de sólo suspiro y vergüenza (desnudez profanada) sentirán que no valen la pena ahogada.

Vainilla: espanta los malos sueños.

y que hoy tú me gritaras

«¿dónde andas?»

y en griterías me buscaras y desde la alacena te escuchara.

Y que yo me riera por tu hambruna,

mientras pienso

en lo que te cocinaría.

Y que luego me abrasaras por detrás desde la falda

y que yo la mano te quitara de mis masas bien horneadas
y que un beso tú me dabas
y el amor así me hacías
y que los frascos se partieran y las mezclas se regaran.

Nena linda

Una cinta azul para tu pelo
trenzaré con ambición y con certeza
que en tu cresta al uno, dos, tres y luego vuelta
lucirás con el clamor de tu destreza

la haré con hilos de mil gotas del rocío
y tu perfume envolverá diez mil riberas
y al uno, dos, tres, y luego giro
al punto tejeré una crineja

la haré con restos de las conchas de los mares
y escucharás todos sus ruidos al peinarte
y cuando corras, uno, dos, tres y al recorrido
tu pelo negro ondulará sus suaves rizos.

Confesión de inferioridad

Dios te salve, María
Llenas todo de gracia
La labor es contigo
Honrado tu caldo por todas la mujeres
Y bendito es el pan que tu mano amasó
Santo punto fiel de la sal
por Dios a vos otorgado,
en el tacto bendito
que tu dedo precisa buscando el pulgar
Oh, María, tus migas me sacian
Benditos nosotros al probarte
O al tan sólo a ti nombrarte

En cocidos, asados y pan.

Pastel de higos con capa de bizcocho

Si se toman lo higos del arbolito de al frente,
remojarlos un día entero en agua de azahar.
Ese árbol fue plantado sin amor, en una tarde de mal afecto.
Mejor tomar los de al lado del río,
esos sí que nacen jugosos por ser sembrados fogosos
y luego su sombra cobija la efusión.

Se cogen maduritos,
treinta y tres es la cuenta precisa,

de esos que el sol ya su pieles ha comenzado a tostarles.

Desnudarlos prefiero, otras, en cambio, bien lavaditos, los cuecen primero y ellos solitos su abrigo deshacen.

Tres copas de azúcar y se tapan, calentando de a poco sus ya abatidos cuerpos.

El bizcocho se amasa desde antes, arropado para el leude sin que el viento le llegue o logre rozarle.

Se agranda el acopio palmada a palmada, y al verlo ya muy bien tendido, se avienta lo dulce y luego, al cerrarse, con claras y leche se cubre, para brillo así darle.

Niñita

Niñita de cara sucia, corre y visita aquel manantial
Composte, niñita alegre y lava tu cara, no más

Niñita de manos sucias, lava tus dedos y come pan
Composte, niñita alegre y lava tu arena, no más

Niñita de pies descalzos, usa zapatos sin correr más
Componte, niñita alegre, usa tus medias, no más

Niñita de sueño extenso, reza tu credo y sin cesar
Componte, niñita buena, cierra tu ojos y a dormir ya.

Luna de Polvorosa

Dos niñas de blanca luna
dormidas en un lucero
soñaban con su dulzura
de harinas, crémor y cielo

Dos niñas de luna blanca
de polvo para sus sueños
dulzores de media luna
doraban en pensamientos

Hallaron en cien cometas
trochitos de mantequilla
y en soles de algún planeta
perfumes de pascualina

Ay, luna, te han mordisqueado
tu cuerpo de dulce nácar,
ay, luna, te han desgastado
tus cerros de harina blanca

Dos niñas de blanca luna
tejieron seis canastillas
con hilos de alguna estela
en punto de las mantillas

Sirvieron aquellas lunas
calientes al desmoldarse
y en cantos de media estrofa
cantaban así al quebrarse

Ay, luna de polvorosa
lunitas de sabor fino
ay, lunas azucaradas
del tueste dulzor divino.

Oda al llanto de una dulcera al quebrarse

Del ámbar brotada oscura,
nacida así para las nieves.
Cien años en paseos de mieles,
de almíbar fino y ponche ardiente.
Bien en tu cuerpo entraban con nata o crémor las joyas dulces
del deseado calor...
Y de reposo a ti hoy te hieren por platerías de tenaces hieles.
Ya no tendrá tu cuerpo de la gloria el dulzor
Ni sonaran las cucharas al lograr rozarte.
Ya no tendrá tu cavidad potestad para entonces saciar la boca al
besarte.
Mujer, calma el puchero,
que ya de ti lo mejor todos vieron.
Entrega tu cuerpo fino y recuerda tu entidad al servicio divino.
Oye tus quebrados pedazos como juntos resuenan al Dios de los
llantos,
Muere sin que venga el penar
ni la angustia al rogar del forzoso quebranto.

*¿Qué me valen tu calma y tu ternura,
tranquila noche, solitaria luna,
si no calmáis del hado la crudeza,
ni me dais esperanza de fortuna?*

*¿Qué me valen la gracia y la belleza,
y amar como jamás amó ninguna,
si la pasión que el alma me devora,
la desconoce aquel que me enamora?*

Lisonja a fuego bajo

Paciente,
del sol nacido al cielo
en la marca de un cometa
alcanzando en sí la estrella
del hombre que en la tierra
por calor a ti te crea
imitando a un dios del rayo.

Forastero
que creciendo
en piadosa noche
de hoguera sin luceros
deslumbraste en cuerpo vano
la piedad ahora vertida
entre tanta hierba seca
que la chispa de tu noche
encendió sin advertencia
del calor que ella daría

Infinito a mí, ideado en nubes,

lejano de la tierra al cielo erguido
de entusiasta sosiego de espera
que sus gestos tardos me han traído.
Azabache en niebla y armiño en tinieblas
de disímil silueta en la pedida mente del bardo
que difusa explicación hubo existido
e intentos lúgubres no dados.

Pan de canela y lima, para los fríos de mayo

En abril,
al no más la primera ventisca,
de puertas cerradas la casa
entero todo lo guarda

Lloviendo, nublando y bramando:
Amando, amasando y horneando

Se cuece la miel con agua santa
y conchita a conchita la perfuman
Anís y naranja
resuelven ya juntos saciar la casa

Se guardan al canto para amansarlas
Llegando ya mayo se desgavetan
Y en conchas de lima y piel de canela
se leuda la masa guardada en despensa

Uno, dos, tres, y se hornea
La casa se viste en perfumes de mentas

Y al cielo nublado a punto del llanto
comer de esos panes da un ¡ay!
de juntas manos.

Así te pienso

Rezando en mí,
a la pauta de tu boca.
clamando,
al punto del puñal sincero
que te acaba
mientras nace una flor desde tu pecho
y hace envolver tu mano en rosas.
Cinco joyas te coronan,
te las visto y después te ruego,
y tu rezo magno así me alcanza
muriendo en vacuo movimiento.

Nota a la edición impresa

Esta primera edición del libro “Confesiones en la Despensa” se terminó de imprimir en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida en el mes de octubre de 2014, en los talleres gráficos de Editorial el Membrillo, sumergidos en una moribunda Venezuela que sufre los rigores de la ignorancia y el apocalíptico rentismo petrolero. Mas no perdemos la esperanza en la caída total de los precios del petróleo y la reapertura de las puertas y portones de las haciendas y fincas venezolanas.

¡Viva el trabajo, viva la agricultura, abajo la tiranía!

